

Instituto de Historia  
Pontificia Universidad Católica de Chile.

PABLO LACOSTE\*

LAS GUERRAS HISPANOAMERICANA Y DE LA TRIPLE  
ALIANZA, LA REVOLUCION DE LOS COLORADOS Y SU  
IMPACTO EN LAS RELACIONES ENTRE ARGENTINA Y CHILE\*\*

---

ABSTRACT

This article analyzes the Chilean-Argentinean relations during the 1860 decade concerning the position of intellectuals of both countries, in particular the opinions of the argentineans Mitre, Sarmiento and Alberdi published in *El Mercurio* of Valparaíso.

Likewise, the article discusses relations between countries of the South American cone concerning the consequences of the War of the Triple Alliance, the war against Spain during those years, and the Argentinean civil wars.

Finally, the official Argentinean answer against Chile and Paraguay strongly damages the good understanding between the states favoring the European relations, leaving unsolved, specially with Chile, several bilateral important issues.

Las relaciones entre Argentina y Chile tuvieron una etapa crítica en la década de 1860, debido al complicado cuadro político que se presentó, con motivo de tres guerras (dos internacionales y una civil) que causaron un fuerte impacto en el área. La principal característica de esta etapa de las relaciones argentino-chilenas se encuentra en el carácter dual de las mismas. En efecto, entre 1865 y 1870 se produjo una situación sumamente tensa en las relaciones de gobierno a gobierno, a la vez que se estrecharon los lazos entre la comunidad chilena y amplias capas de la población criolla del oeste argentino.

---

\* Docente de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.

\*\* Versiones iniciales de este texto se expusieron como conferencias en la Universidad de Talca y en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile (octubre de 1995). Los comentarios de los académicos asistentes permitieron enriquecer la interpretación de los documentos y las conclusiones. Especialmente de Eduardo Devés, Sergio Vergara y Javier Pinedo. Posteriormente, resultaron de utilidad los aportes de Delia Otero (Universidad de Córdoba). El autor agradece la colaboración y asistencia de Enrique Zuleta Alvarez en la elaboración del presente trabajo, como así también las sugerencias y críticas de Arturo Roig y Clara Jalif.

El estallido de las guerras hispanoamericana y de la Triple Alianza sorprendieron a las provincias del oeste argentino en una situación política marcada por la inestabilidad. La pervivencia de las pautas culturales tradicionales y la influencia de los caudillos todavía se hacían sentir en tierras donde el Estado nacional todavía no podía ejercer una influencia decisiva. El gobierno central había formalizado una alianza con las elites locales, pero éstas tenían problemas para consolidar sus posiciones. Sobre todo por sus fuertes pautas de endogamia, su perfil oligárquico y las reiteradas manifestaciones de fuerza que necesitaban realizar para mantenerse al frente del gobierno. La persecución contra los rebeldes, el exterminio de gauchos alzados era una práctica resistida por amplias capas de la población criolla, que no desaprovechaba oportunidades de expresar su repudio —por ejemplo— por el asesinato del caudillo Angel Vicente Peñaloza, el Chacho (12 de noviembre de 1863).

Los caudillos encontraban en Chile un lugar de asilo y reagrupamiento de fuerzas. A principios de la década de 1860 estaban exiliados en el país trasandino numerosos referentes de la resistencia al poder en Buenos Aires: Manuel Olascoaga, Juan y Felipe Saá, Juan de Dios Videla, Emilio Castro Boedo y Felipe Varela, entre otros. Estos federales se sentían allí a salvo del brazo represivo del Estado, a la vez que podían reunirse y planificar sus futuras actividades políticas.

En este contexto recibió el oeste argentino las noticias de los sucesos bélicos del Atlántico y del Pacífico. Las simpatías de amplias capas de la población criolla se inclinaron rápidamente hacia la solidaridad con el Paraguay y con Chile respectivamente. No obstante, el gobierno argentino avanzaba en el sentido exactamente inverso. Poco interés demostraba por los vecinos latinoamericanos, pues prefería orientarse hacia Europa. En efecto, la elite argentina priorizaba los intereses comerciales que la unían con España y fundamentalmente con Inglaterra. La política interior y exterior se vio fuertemente influida por las tendencias europeístas, lo cual reflejaba los lazos financieros que unían Buenos Aires con los inversores británicos. Como a lo largo de buena parte del siglo XIX, el grupo que gobernaba la Argentina priorizaba sus contactos con Inglaterra por encima de las demandas de amplias capas criollas del interior del país.<sup>1</sup> De esta manera se fue profundizando la brecha política entre gobernantes y gobernados. A ello hay que agregar el tremendo esfuerzo bélico

---

<sup>1</sup>“La City tenía puestos sus ojos sobre la Argentina desde la década de 1820, cuando Parish y los primeros representantes de Baring Brothers establecieron relaciones políticas y financieras con la joven república, que no prometía gran cosa. Baring hizo en 1824 el primer empréstito inglés a la Argentina, que ascendía a un millón de libras... Después de ese comienzo temerario, las inversiones británicas en la Argentina se extendieron lentamente hasta aquella magnífica irrupción de nuevas inversiones que comenzó en 1880”. McGann, Thomas. *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano, 1880-1914*. Buenos Aires, EUDEBA, 1960.

que debió realizar el Estado nacional para llevar la guerra al Paraguay, lo cual determinó una significativa reducción de las disponibilidades de recursos para controlar eventuales movimientos de resistencia interna. Las circunstancias se tornaron cada vez más propicias para el retorno triunfal de los exiliados.

El clima sociopolítico reinante en las provincias del oeste argentino era bastante parecido al que se vivía en Chile. Los americanistas de este país habían impulsado al gobierno nacional a entrar en guerra contra España para solidarizarse con el Perú, nación que inicialmente había recibido la agresión por parte de la flota peninsular. Aquellos americanistas habían actuado en esa dirección, contando con el presunto respaldo de los restantes países del cono sur, especialmente Argentina. La actitud del gobierno de Buenos Aires los asombró al principio, los desconcertó después, y terminó por colocarlos en una situación desesperada ante una flota de guerra con superioridad bélica incontrastable. Muchos chilenos, comprometidos con el americanismo, se sintieron literalmente traicionados por el gobierno argentino.

En estas circunstancias, las condiciones estaban dadas para dar lugar a una corriente de simpatía entre amplios sectores de la comunidad chilena con los movimientos de resistencia a la guerra del Paraguay que llevaban adelante los rebeldes del oeste argentino en común acuerdo con los exiliados. La situación se complicó aún más cuando los rebeldes buscaron armas y demás recursos en Chile, para llevar adelante sus proyectos de guerra civil en la Argentina. Porque, por un lado, las simpatías de muchos chilenos estaban con ellos, pero por otro, desde el punto de vista institucional, el gobierno chileno tenía que medir las consecuencias de sus actos, pues, en caso de dar lugar a estas demandas, podía incurrir en actitudes susceptibles de ser interpretadas como intromisión en los asuntos internos de otro país y fomento de actividades sediciosas en el mismo.

Había poco espacio para maniobrar y los dirigentes de los gobiernos de ambos lados de la cordillera lo sabían. Se necesitaba mucha prudencia para encontrar las mejores decisiones que permitiesen, a la vez, defender los intereses del propio Estado, y evitar agravios al país vecino. Ello era muy difícil de conseguir, teniendo en cuenta el marco de las guerras, las inflamadas arengas de los políticos, las presiones de la prensa y las inclinaciones populares, no siempre manejables desde las oficinas del Estado.

La actividad desarrollada por el conjunto de estos actores configuró una impronta profunda en la evolución de las relaciones entre Argentina y Chile, que haría sentir sus efectos durante mucho tiempo. De allí el interés por examinar esta problemática. En este sentido, el presente trabajo procurará, a partir de los estudios realizados hasta el momento sobre cada conflicto bélico por separado, alcanzar una síntesis bibliográfica sobre los mismos, para trabajar como objeto de estudio, la simultaneidad de los mismos y acceder, en este contexto, a reinterpretar las relaciones entre Argentina y Chile en esos años.

Para alcanzar estos objetivos se ha realizado un amplio estudio bibliográfico sobre los temas indicados que se ha tratado de enriquecer empleando como fuente el periódico *El Mercurio* de Valparaíso. La elección del mismo se justifica tanto por su trayectoria y prestigio (basta tener en cuenta que se trata del más antiguo periódico latinoamericano de los que actualmente se editan, con una historia que se remonta a 1827), como por la calidad y cantidad de información sobre los tres conflictos que brindó en la década de 1860.

En este escenario conviene examinar la evolución del pensamiento de intelectuales representativos de la región, especialmente para examinar la respuesta que proponen ante situaciones concretas en una época de crisis. Especial interés tiene para ello observar la actitud de personajes como Domingo Faustino Sarmiento, Bartolomé Mitre y Juan Bautista Alberdi con respecto a las relaciones entre Argentina y Chile. Los tres conocían el país vecino, pues allí se habían asilado durante el gobierno de Rosas. Allí habían estrechado lazos con la clase dirigente local y habían enriquecido su pensamiento. Durante los agitados años de 1860 estos tres pensadores desempeñaron distintos papeles. Mitre era Presidente de la Argentina, Sarmiento actuó como diplomático y Alberdi como periodista y escritor desde la oposición. Los tres fijaron con claridad sus posiciones con respecto al americanismo en general y a las relaciones entre Argentina y Chile en particular. Pero la posición de cada uno fue representativa de un sector distinto; de allí la riqueza de evaluar el conjunto. Además, juntamente con los intelectuales, se expresaban las masas de criollos y otros grupos, dando lugar a un rico debate en torno al tema. De todos modos, antes de ingresar en las ideas de cada uno, conviene examinar el contexto internacional.

## I. LAS GUERRAS CIVILES E INTERNACIONALES EN EL CONO SUR

En la década de 1860 el cono sur se convirtió en escenario de tres conflictos, en los cuales participaron directamente un país europeo y ocho latinoamericanos. En el Pacífico se produjo la guerra hispanoamericana entre España y la coalición formada por Perú, Chile, Ecuador y Bolivia. Casi simultáneamente, en el Atlántico, se verificó la guerra de la Triple Alianza, en la cual Brasil, Uruguay y Argentina combatieron con el Paraguay. Esta actitud del gobierno argentino despertó fuertes resistencias en el interior del país. En la provincia de Mendoza se produjo una revolución, que pronto se expandió a cuatro provincias, en el marco de la resistencia de amplios sectores de la Argentina a la guerra contra el Paraguay. Todos estos conflictos, por su magnitud y profundidad, hicieron sentir sus efectos en las relaciones entre Argentina y Chile.

En el litoral del Pacífico las acciones bélicas comenzaron el 14 de abril de 1864, cuando la armada española ocupó territorio peruano (islas Chincha, ricas en guano, fuentes del 30% del erario nacional) en demanda de ciertas reivindi-

caciones. Perú recibió la solidaridad de sus vecinos y selló alianzas con Chile (5 de septiembre de 1865), Ecuador (30 de enero de 1866) y Bolivia (15 de febrero de 1866); las cuatro naciones declararon la guerra a España. A pesar de la superioridad naval de ésta, los aliados lograron algunas victorias significativas, como la captura de la goleta cañonera *Covadonga*. Finalmente, la flota española decidió lavar su honor bombardeando los puertos de Valparaíso (31 de marzo de 1866) y El Callao (2 de mayo de 1866), para luego retirarse definitivamente del teatro de operaciones. El principal damnificado de esta guerra fue Chile, cuyo principal puerto sufrió fuertes pérdidas.<sup>2</sup>

Los países latinoamericanos del Pacífico experimentaron un fuerte sentimiento de solidaridad "americanista", como se indicaba en aquella época, e invitaron a las demás naciones latinoamericanas a aunar esfuerzos ante un enemigo común de origen europeo. Algunos países participaron a través del Congreso Americano celebrado en Lima (1864-1865).

Paradójicamente, los países latinoamericanos del Atlántico estaban en una línea política e ideológica exactamente opuesta. Argentina, Uruguay y Brasil, desoyendo el reclamo de sus hermanos del oeste, se aproximaron a España y le aseguraron el aprovisionamiento a su flota de guerra. También empuñaron las armas, pero no contra las potencias europeas, sino contra una nación latinoamericana: el Paraguay. Brasil, Uruguay y Argentina se unieron, firmaron el llamado pacto de la Triple Alianza, y llevaron la guerra a la nación guaraní. El conflicto se prolongó por cinco años (1865-1870). Como resultado, Paraguay perdió la mitad de su población y quedó reducido a un país habitado por mujeres, viudas, inválidos y huérfanos,<sup>3</sup> en tanto que su economía fue golpeada en puntos claves, para impedir su recuperación, tal como ha explicado Whigam (1978). Pero los países "triunfantes" también sufrieron serias pérdidas. Sobre todo Argentina, cuya bajas, debido directa o indirectamente a esta contienda, ascendieron a 30.000 vidas sobre una población de 1.800.000, según señala McLynn (1984). Conforme a este autor, Argentina fue el país triunfante que más pérdidas per cápita sufrió en esa guerra. Además, mientras que para la mayoría de los brasileños la contienda fue un episodio distante y remoto, para los argentinos produjo un "sentido de trauma nacional"; el autor califica esta guerra en términos de "Vietnam argentino".<sup>4</sup>

<sup>2</sup> Ubicados a una distancia de entre 700 y 1.200 metros del puerto, los vapores españoles descargaron toda su artillería durante horas, sin ser respondidos por un solo disparo por parte de la ciudad abierta e indefensa. La nación chilena no sufrió prácticamente pérdidas humanas, pero sí materiales. Se dañaron los depósitos de la aduana, la estación del ferrocarril y los edificios públicos juntamente con iglesias, hospitales y casas de particulares. Pero el golpe más trascendente lo acusó la economía chilena en la prácticamente desaparición de su flota mercante, que quedó desarticulada y perdió para el país los mercados de América y Asia. (Grez Pérez, 1928, 354-389; Encina, t. 27, 221-247; Bunster, 1986, 201; Cerda Catalán, 1981, 168-208).

<sup>3</sup> Ganson, 1990, 368.

<sup>4</sup> McLynn, 1980, 81.

Los gobiernos de los tres países del Atlántico no sólo se rehusaron a participar en la alianza de las naciones latinoamericanas del Pacífico, sino también favorecieron a España. Desde el punto de vista formal, Argentina, Uruguay y Brasil se proclamaron neutrales en el conflicto del Pacífico. Pero en los hechos fueron parciales. La prensa opositora de esas naciones, que solidarizaba con Chile y Perú y cuestionaba la política exterior de las respectivas cancillerías, era atacada por los gobiernos rioplatenses y su circulación era restringida, si no directamente clausurada. En cambio, los periódicos de las comunidades españolas, donde se exaltaba la acción armada peninsular en el Pacífico, circulaban con total libertad. Por otra parte, los tres países atlánticos negaron a los corsarios chilenos la posibilidad de entrar a sus puertos y vender sus presas, actividad ésta que significaba una de las pocas réplicas que podían llevar adelante las naciones del Pacífico contra España, dada la asimetría de las armadas de guerra de los beligerantes. Desde Uruguay se enviaba todo tipo de aprovisionamiento para la flota española del Pacífico. Incluso el gobierno oriental negó el exequátur al cónsul de Chile y le canceló las credenciales al ministro plenipotenciario de esa nación. En Argentina, el canciller Rufino de Elizalde hostilizó de distintos modos al ministro chileno, tanto desde la esfera oficial como desde la prensa.

En este marco estalló en Mendoza la llamada Revolución de los Colorados. El evento comenzó con una sublevación en la policía, donde se alegó el reclamo por salarios atrasados. Rápidamente se incorporaron a la protesta 280 hombres reclutados con vistas a ser enviados al ejército que combatía en el Paraguay. Al día siguiente el movimiento había obtenido tanto respaldo, que el gobernador se vio obligado a abandonar su cargo, y en su lugar asumió el mando un caudillo revolucionario (10 de noviembre de 1866).

Rápidamente se movilizaron los exilados. Algunos volvieron directamente a Mendoza para ocupar lugares de conducción en el gobierno revolucionario; Olascoaga fue designado jefe militar del movimiento y Juan Saá quedó al frente de las operaciones y luego asumió el gobierno de la provincia de San Luis. Todos firmaron la proclama revolucionaria que se difundió en Mendoza, donde aparece también la firma de Felipe Varela.<sup>5</sup> Este no se encontraba presente en Cuyo, pues tenía otros planes. Pero la presencia de su firma en ese documento revela la intensidad de los contactos y actividades revolucionarias que los exiliados venían realizando en Chile.

El gobierno nacional decretó la intervención federal a Mendoza y envió tropas a reprimir el movimiento. Pero éste se consolidó y logró vencer a

---

<sup>5</sup> Bazán, 1975, 54.

las fuerzas represivas en distintas batallas. Estas le aseguraron el control de las provincias de San Juan (5 de enero de 1867) y San Luis (3 de febrero de 1867). Mientras tanto, Felipe Varela preparaba su penetración triunfal por el norte argentino.

Poco después el caudillo norteco ingresó a la Argentina enarbolando una bandera con la leyenda "Viva la Unión Americana", acompañado de una pequeña fuerza.<sup>6</sup> Varela dio a conocer un encendido *Manifiesto*, mediante el cual expresaba los móviles políticos e ideológicos de todo el movimiento de resistencia. Además de criticar al gobierno nacional y de reivindicar la Constitución de 1853, el documento condenaba la guerra del Paraguay y exhortaba a avanzar "en la unión con las demás repúblicas americanas".

A pesar de contar inicialmente con apenas un puñado de seguidores, Varela logró sublevar capas criollas norteceras, y en poco tiempo la rebelión se extendió como reguero de pólvora. Poco después los antiguos seguidores de Peñaloza tomaron el gobierno de La Rioja y la situación se tornó incierta en Catamarca. Allí se produjo una sublevación contra el gobernador, cuya situación se tornó desesperante. El oeste argentino se convirtió rápidamente en escenario de numerosos combates entre leales y revolucionarios. Además, en Buenos Aires también se organizó un complot, que fue descubierto a tiempo por el gobierno y, consiguientemente, reprimido. "La montonera y la sedición brotan por todas partes con una espontaneidad que asombra", expresó entonces el vicepresidente argentino Marcos Paz.<sup>7</sup>

Los revolucionarios ya habían alcanzado el control de cuatro provincias (Mendoza, San Juan, San Luis y La Rioja), mientras que otras dos se encaminaban por el mismo sendero (Córdoba y Catamarca), con lo cual la mitad de los estados miembros quedarían en la órbita de la sedición. Además, importantes intelectuales de la elite nacional, entre ellos Juan Bautista Alberdi, disparaban artículos periodísticos y declaraciones condenatorias contra la política exterior oficial. La situación no podía ser más comprometida.

El gobierno nacional se vio obligado a desviar un contingente de veteranos de la guerra del Paraguay para sofocar la revolución. Recién en abril de 1867, después de seis meses, el Estado nacional pudo reprimir a los rebeldes en Cuyo; para vencer a Varela en el norte, debió combatir varios meses más, en una desgastante guerra contra las montoneras que aparecían como por arte de magia en los desiertos rocosos. Hasta que por fin, en noviembre, Varela se encontró vencido y resolvió exiliarse en Bolivia. Después de un año el Estado recuperó el monopolio de la fuerza pública en el oeste argentino.

<sup>6</sup> Manifiesto del general Felipe Varela, 1868, 90.

<sup>7</sup> Citado en Bazán, 1975, 68.

## II. TRES AMERICANISTAS ANTE LOS CONFLICTOS BÉLICOS

Tanto en Chile como en Argentina han convivido dirigentes políticos e intelectuales de orientación nacionalista con pensadores partidarios de la unidad americanista o latinoamericana. Entre estos últimos se han destacado José Victorino Lastarria, Juan Bautista Alberdi y Felipe Varela. Cada uno con su estilo: los tres defendieron la necesidad de priorizar las políticas de solidaridad continental y criticaron a los gobiernos que impulsaron la guerra de la Triple Alianza.

La elite americanista de Chile encontraba un buen representante en Lastarria. Confiaba en la solidaridad argentina, especialmente en el Presidente Bartolomé Mitre, que estaba unido a Chile a través de un estrecho lazo personal. Chile le brindó asilo durante la dictadura de Rosas (1848-1851). Mitre desarrolló allí intensas actividades literarias, periodísticas y sociales, a la vez que se vinculó con importantes miembros de la elite chilena, como José Victorino Lastarria, Benjamín Vicuña Mackenna, José Manuel Balmaceda, Domingo Santa María, Barros Arana, Marcial González, Ambrosio Montt, Miguel Luis Amunátegui, Aníbal Pinto, entre otros.<sup>8</sup> Con estos antecedentes, era lógico suponer que el Presidente argentino tendría un gesto de gratitud para su antiguo huésped cuando éste se encontraba en peligro.

El gobierno chileno designó a Lastarria como ministro plenipotenciario de Chile en Argentina, Uruguay y Brasil. Miembro de aquel grupo del cual había formado parte Mitre, Lastarria no dudaba de su solidaridad y con esta convicción actuó en el escenario del Río de la Plata (26 de enero de 1865 al 28 de octubre de 1866) con el objetivo de máxima y de mínima. El objetivo de máxima era formalizar una alianza ofensiva-defensiva con los países americanos del Atlántico. El objetivo de mínima era obtener la autorización para las operaciones de corsarios chilenos contra los barcos mercantes españoles y para sacar de puertos europeos y norteamericanos buques de guerra comprados por el gobierno chileno. El resultado fue desalentador: "Nada, absolutamente nada logrará Lastarria del gobierno de Mitre".<sup>9</sup> El canciller Rufino de Elizalde profundizó la distancia con Lastarria. Su actitud alcanzó niveles prácticamente ofensivos, tanto desde la esfera oficial como a partir de las páginas del diario *La Nación Argentina*.<sup>10</sup> En Uruguay, la gestión de Lastarria no tuvo mejor suerte. El gobierno oriental desoyó sus reclamos primero, y canceló sus credenciales después. Posteriormente Lastarria se trasladó al Brasil, donde su propuesta americanista sufrió un nuevo rechazo.<sup>11</sup>

<sup>8</sup> Fuenzalida Grandón, 1943.

<sup>9</sup> Cerda Catalán, 1982, 10.

<sup>10</sup> Cerda Catalán, 1982, 194.

<sup>11</sup> Cerda Catalán, 1982, 7-18.



El rechazo de Lastarria por parte del gobierno uruguayo causó un fuerte impacto en la prensa chilena. *El Mercurio* le dedicó un espacio, censurando el hecho. Se refirió al mismo en términos de “el gobierno de hecho que ejerce la dictadura en la Banda Oriental” y lo acusó de favorecer a los barcos españoles.<sup>12</sup> También publicó un enojadísimo artículo de Lastarria, en el cual éste explicaba su indignada posición.<sup>13</sup> Posteriormente, *El Mercurio* dedicó una nota editorial para criticar el españolismo del gobierno uruguayo. En ese artículo, el redactor aseguraba que Uruguay había adoptado esa decisión para atraerse la simpatía española, especulando con la posibilidad de obtener eventuales ventajas para el corto plazo, pero a la larga resultará perjudicial para ese país, pues lo español era “bárbaro y supersticioso” y contrario al “progreso y cultura europea”.<sup>14</sup>

Es preciso tener en cuenta que —desde el punto de vista diplomático— la gestión de Lastarria fracasó y los historiadores chilenos enfatizaron la responsabilidad personal de Lastarria en este resultado. Excede a los objetivos de este trabajo profundizar en este tema. Pero, de todos modos, se aportan algunos elementos que pueden contribuir a matizar el grado de responsabilidad individual de Lastarria, sobre todo a partir de analizar más profundamente el contexto en el cual actuó el representante de Chile en el Río de la Plata.

En el plano del ideario americanista, una posición parecida asumió el intelectual argentino Juan Bautista Alberdi. Este tenía fuertes lazos con la comunidad chilena. En Chile escribió su obra *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852), aporte decisivo para la Constitución Nacional argentina de 1853. Incluso su tesis doctoral fue presentada en la Universidad de Chile (1844). La misma reivindicaba los ideales de unión de los países sudamericanos. Congruente, en la década de 1860, Alberdi fijó públicamente posiciones de alto perfil crítico hacia la guerra del Paraguay, según reflejó en escritos publicados en numerosos periódicos y libros. El espíritu del pensamiento alberdiano se reflejó en las páginas de *El Mercurio*, que le brindaron un significativo espacio. Entre otros conceptos de Alberdi, se publicaron los siguientes:

*Chile y Paraguay, estos dos representantes de la paz en medio del caos de las guerras sudamericanas, acaban de ser atacados a un mismo tiempo por dos monarquías esclavócratas y retrógradas.*<sup>15</sup>

Más allá de la posición fijada por Alberdi, *El Mercurio* publicó artículos donde el intelectual argentino explicaba las razones que fundamentaban sus conclusiones. Entre otras notas cabe señalar la siguiente:

<sup>12</sup> *El Mercurio* de Valparaíso, 22 de enero de 1886, 3.

<sup>13</sup> *Idem. Ibid.*

<sup>14</sup> *El Mercurio* de Valparaíso, 25 de enero de 1866, 2-3.

<sup>15</sup> *El Mercurio* de Valparaíso, 22-9-1866, 2.

*Por qué hacen la guerra al Paraguay el Brasil y el gobierno de ambiciosos sueños del ministro Elizalde, del moderno Metternich, de anexarse el Paraguay y Bolivia, como lo comunicó al conde Russell el ministro inglés Mr. Thornton, aparte de esta locura que hacía en América de la Triple Alianza una segunda edición de la Santa Alianza, cada uno de los gobiernos aliados, el imperial y el cesarino, tienen siempre, según la opinión del autor, sus fines particulares.*

*El Brasil quiere recobrar una provincia; el César Mitre quiere asegurar el triunfo de Buenos Aires sobre las provincias. "Si el Paraguay, dice el autor, Corrientes y Entre Ríos son vencidos, la Argentina no vuelve a ver en 40 años los 10 millones que ella produce y gasta Buenos Aires. Aquí está la explicación de los sucesos de Basualdo y de Toledo. Los soldados entrerrianos y correntinos se han dispersado. ¿Por cobardía? No. Por no hacer armas contra sus propios intereses".<sup>16</sup>*

El diario chileno no se limitó a reproducir la crítica lapidaria de Alberdi al gobierno argentino por participar en la guerra de la Triple Alianza. Para ampliar el tema, desarrolló reflexiones y comentarios sobre el particular, asumiendo la actitud alberdiana prácticamente como propia:

*Con estos antecedentes entregados por la pluma del Dr. Alberdi, no debemos extrañar que en las orillas del Plata se hayan mostrado hostiles a Chile en la causa que sostiene. Los factores de la Santa Alianza, ¿cómo habían de tener simpatías por la causa americana? Si no la quieren para la Argentina, el Buenos Aires nada quiere con las provincias, no es de extrañar que el partido que lo domina no quiera nada con los países americanos. Pero no, algo quieren con las demás repúblicas los Metternich; quieren estrecharse con ellas no en un abrazo fraternal, sino en el abrazo de Apega, aquella máquina del tirano Nabis que ocultaba aceradas puntas bajo ricas vestiduras y que, estrechando a la víctima contra su pecho, lo hacía perecer en medio de los más acerbos dolores. ¡Este es el abrazo de Mitre a su Patria!<sup>17</sup>*

La crítica de Alberdi a la guerra del Paraguay fue compartida por buena parte de la prensa chilena, que rápidamente expresó su simpatía y solidaridad con el intelectual argentino. Así lo reflejó *El Mercurio* en un artículo concebido en los siguientes términos:

*Este distinguido publicista (Alberdi) se hizo reo de un gran crimen para con el gobierno argentino por haber censurado la alianza de su Patria con el Uruguay*

<sup>16</sup> *El Mercurio* de Valparaíso, 22 de enero de 1866, 2.

<sup>17</sup> *Idem*, *Ibid.*

y el Brasil en contra del Paraguay. Es el mismo crimen en que han incurrido algunos diarios chilenos, a quienes los paladines de la civilización no han perdonado su voto imparcial y justiciero. La causa que sostuviera el Dr. Alberdi es la misma que ha sido sostenida por algunos escritores chilenos. Tanto aquél como éstos, condenan la Constitución paraguaya, obra de la dictadura y no de la opinión del pueblo; pero reconocen que es un negocio de la exclusiva incumbencia de los paraguayos, únicos interesados en su buen gobierno y únicos jueces de la política del presidente López.<sup>18</sup>

La prensa chilena expresó claramente su solidaridad con el pensamiento americanista de Alberdi y Lastarria, tanto al brindarles espacio para difundir sus ideas como al evaluar críticamente las mismas. Inclusive, a partir de un análisis de la medulosa obra de Alberdi sobre la guerra del Paraguay, y dada la coincidencia de la prensa chilena con ese pensamiento —a pesar de su distancia con relación al conflicto—, es posible que las ideas alberdianas hayan actuado como marco de referencia para los redactores de *El Mercurio*, para escribir comentarios agudos y fundados sobre tan complicado tema.

Si se examinan las primeras palabras de la cita anterior, se pone de manifiesto una actitud de fondo: el diario solidariza con una figura por su calidad de “reo” ante el gobierno argentino. En este caso, se trata de respaldar el pensamiento de Alberdi, que desafió, a través de su pluma, las decisiones del Estado. Pero esta actitud del matutino chileno resulta congruente con las que asumieron personas y autoridades de ese país al tolerar y aun colaborar con los preparativos revolucionarios de Varela y sus seguidores, que compartirían con Alberdi la categoría de “reo”.

Si Alberdi fue el principal crítico intelectual de la guerra del Paraguay, Varela fue, tal vez, el más destacado opositor argentino a la misma en el terreno de las armas y la acción directa. Desde su exilio en Chile, actuó en los preparativos revolucionarios tendientes a sublevar el interior argentino contra las autoridades del gobierno nacional, en repudio a su política exterior. Varela mantuvo contactos directos con los jefes que luego pasaron a Mendoza para respaldar la Revolución de los Colorados; luego preparó su propio grupo y se lanzó a invadir las provincias del norte, para sublevar las montoneras de La Rioja, Catamarca y Salta. Sin ser lo que tradicionalmente se conoce como “intelectual”, Varela expresó su pensamiento en una serie de documentos, fundamentalmente dos: la *Proclama* de 1866 y el *Manifiesto* de 1868. Se refleja en ellos la influencia del pensamiento de periodistas e intelectuales americanistas de la época, fundamentalmente de Alberdi, como señalan Peña y Duhalde (1968).

<sup>18</sup> *El Mercurio* de Valparaíso, 9 de enero de 1886, 2.

En ambos documentos, Varela critica severamente la política del Presidente Bartolomé Mitre. Varela reivindica la cruzada de Urquiza contra Rosas, la batalla de Caseros y el ordenamiento jurídico establecido por la Constitución Nacional de 1853. Pero censura y critica a Mitre por su política de represión interna contra los caudillos y de guerra externa contra el Paraguay. "Nuestro programa es la práctica estricta de la Constitución jurada, el orden común, la paz y la amistad con el Paraguay y la unión con las demás repúblicas americanas", señala la proclama de 1866. Esta fue publicada por *El Mercurio de Valparaíso* en su edición del 17 de enero de 1867.

En el Manifiesto de 1868, Varela profundizó sus críticas. Destacó que "la unión hace la fuerza" y reivindica al Congreso Americano de 1864 en Lima. A la vez, censuró la falta de solidaridad del gobierno argentino con el mismo. Luego se centró en toda la política exterior de Buenos Aires, especialmente en cuanto a la guerra del Paraguay. Varela denunció aspiraciones hegemónicas en el gobierno argentino, incompatibles con el ideal de unión americana. Concretamente, imputa al Presidente Mitre y al canciller Rufino de Elizalde la intención de "ver a Bolivia, el Paraguay y la República Argentina unidos formando una poderosa República del continente".

Varela describía la situación política argentina durante el mitrismo como un fenómeno opresivo contra las provincias del interior, comparable a las épocas anteriores a la Revolución de Mayo. Luego reivindica la Revolución de los Colorados y los levantamientos generales de 1866 y 1867, y colocaba estas manifestaciones de resistencia al mismo nivel que la Revolución de 1810:

*Buenos Aires es la metrópoli de la República Argentina como España lo fue de la América... He aquí, pues, los tiempos del coloniaje existente en miniatura en la República y la guerra de 1810 reproducida en 1866 y 67, entre el pueblo de Buenos Aires (España) y las provincias del Plata (colonias americanas).*<sup>19</sup>

Varela se ocupa de destacar los distintos servicios que recibió de Chile y los chilenos para llevar adelante su empresa revolucionaria, a la vez que insiste a lo largo de sus textos con la reivindicación de la unión americana, una otra y vez. Posiblemente haya tenido una intencionalidad al reiterar la presencia de estas ideas y estos respaldos, como para expresar que el alcance de sus luchas y los puntos de coincidencia con sectores significativos del país trasandino. Por otra parte, los documentos de Varela —hombre eminentemente de negocios y de acción— estuvieron inspirados en intelectuales argentinos, especialmente en Alberdi y en las ideas de unión americana tan difundidas en Chile en esa

---

<sup>19</sup> Manifiesto del general Felipe Varela, 1868, 85.

época. Así lo demuestra el detallado estudio de Ortega Peña y Duhalde.<sup>20</sup> De esta manera queda de manifiesto que el pensamiento del gobierno chileno, de sectores de la prensa (como *El Mercurio de Valparaíso*) y de encumbrados miembros de su elite (como Lastarria), no coincidía con las ideas del gobierno argentino; pero se hallaba estrechamente entrelazado con la forma de pensar de amplios sectores de la clase intelectual argentina (representada por Alberdi), con caudillos populares (como Varela) y las masas criollas que los siguieron.

### III. CHILE Y LAS GUERRAS CIVILES ARGENTINAS

El debate político y periodístico entre los gobiernos de Argentina y Chile tuvo uno de sus puntos más críticos en torno a las sospechas del primero sobre presunto colaboracionismo del segundo con los rebeldes en la guerra civil. Asunto por demás delicado, que conviene examinar con detenimiento. En primer lugar, es preciso examinar con precisión cuál fue el rol de los chilenos en los levantamientos del oeste argentino.

Conforme a la bibliografía, se sabe que en Chile se encontraban caudillos y dirigentes federales exiliados en los primeros años de la década de 1860. Entre ellos, Manuel Olascoaga, Juan Saá, Felipe Varela y el presbítero Castro Boedo. Este se asiló en Chile después del fracaso del intento de derrocar al gobernador de San Juan, en octubre de 1866.<sup>21</sup> En Chile estos hombres se desplazaron con total libertad de un lado a otro, establecieron sus contactos, trazaron sus planes y coordinaron sus acciones. Como resultado, resolvieron respaldar los movimientos revolucionarios internos en dos áreas: un grupo entraría a la Argentina por Mendoza (encabezado por Olascoaga y Saá) y el otro por el norte (conducido por Varela y asesorado intelectualmente por Castro Boedo, autor intelectual del *Manifiesto*).<sup>22</sup> Ambos grupos actuaban en forma coordinada, según prueba la firma de Varela en el manifiesto que dieron a conocer los Colorados en Mendoza. Mientras éstos se consolidaron en Cuyo, Felipe Varela preparaba su penetración triunfal por el norte argentino:

*A fines de noviembre de 1866, Varela se embarca en Valparaíso rumbo a Copiapó. Luego salió con destino a Huasco, donde, con la ayuda de la población, reclutó y armó un contingente a la vista de las autoridades. En Vallenar, el jefe de policía le proporcionó 200 fusiles. En navidad estaba en Matancilla, de paso a San Guillermo, donde se disponía a acampar.*<sup>23</sup>

<sup>20</sup> Ortega Peña y Duhalde, 1975, 26-36.

<sup>21</sup> Chávez, 1966, 43.

<sup>22</sup> Chávez, 1966, 45-46.

<sup>23</sup> Bazán, 1975, 55.

Poco después, el caudillo norteño ingresó a la Argentina enarbolando una bandera con la leyenda "Viva la Unión Americana", acompañado por una pequeña fuerza. Según Varela, la integraban 40 personas (15 chilenos y 25 argentinos).<sup>24</sup> Según otras versiones, ese grupo estaba integrado por varios argentinos y 40 chilenos, armados con 200 fusiles entregados por autoridades del país trasandino.<sup>25</sup> El respaldo de este país se reflejó —según las versiones— en la impresión del encendido manifiesto de Varela. En efecto, la convocatoria, fechada el 20 de diciembre de 1866 en "Campamento en marcha", fue "impresa en Chile y ha cido difundida con profusión por aquel bandido en los departamentos inbadidos".<sup>26</sup>

Para llevar adelante sus operaciones en territorio argentino, Varela dispuso, además, del respaldo de chilenos, según él mismo ha relatado en su *Manifiesto* de 1868. Entre otros, el caudillo mencionaba entre sus colaboradores al sargento mayor Estanislao Medina y el doctor Ricardo González, *que desde el seno de la cárcel en que estaba con una barra de grillos, había hecho eficientes trabajos en ayuda de los que yo allí tenía, cuyo resultado fue el pronunciamiento citado, después de haber corrido a balazos al gobernador don Guillermo San Román, al coronel don Pablo Irrazabal y a todo el círculo mitrista.*

La ayuda chilena en hombres y recursos era significativa. Además de los chilenos que integraron el grupo revolucionario inicial y las personalidades que se integraron después, Varela contaba con "una vanguardia compuesta por 200 hombres, la mayor parte chilenos".<sup>27</sup> Pero el aporte chileno no se restringió a hombres para la batalla y algunas personalidades influyentes. El respaldo también cristalizó en dinero. En efecto, según el relato del propio caudillo, le remitieron de Chile 1.580 cóndores para el socorro de mis soldados. La suma fue interceptada por las fuerzas enviadas por el gobierno argentino, pero Varela la recuperó al tomar la ciudad de Jáchal (abril de 1867).<sup>28</sup>

En algunos casos, los revolucionarios argentinos contaron también con aportes de los bolivianos. En efecto, para contribuir a resolver la situación del norte en favor de las armas "coloradas", Isauro Arguello se dispuso a seguir los pasos de Varela: viajó de Mendoza a Chile, llegó a Copiapó y de allí a Antofagasta. Logró hacerse de un contingente revolucionario, armado con

<sup>24</sup> Varela, Felipe. *Manifiesto...* 90.

<sup>25</sup> Bazán, 1975, 55.

<sup>26</sup> Carta de Guillermo San Román al gobernador de Catamarca, 22-12-1866. Citado en Peña y Duhalde, 1968, 21.

<sup>27</sup> Varela, Felipe. *Manifiesto...* 91.

<sup>28</sup> Varela, Felipe. *Manifiesto...* 102.

“cinco cargas de fusiles y otras armas”. Aparentemente sus planes se vieron favorecidos desde el gobierno boliviano. En efecto, “se afirmaba que el corredor (de Antofagasta) tenía orden de su gobierno de auxiliarlo como ya lo había hecho el subprefecto de Atacama”. El gobierno argentino presentó reiteradas protestas ante el de Bolivia por las facilidades que conseguían los sediciosos en ese país. Como respuesta, el cónsul boliviano en Salta, aseguró Arguello, había obtenido los elementos (armas) mediante negocios estrictamente privados.<sup>29</sup>

Pero lo que más preocupaba al gobierno argentino era el respaldo –real o imaginario– de Chile a la sublevación. Ello se reflejaba a través de distintos medios: diarios, periódicos, discursos y demás. A modo de síntesis de esta forma de lectura de los acontecimientos, *El Mercurio* de Valparaíso publicó una extensa nota, de singular interés para este trabajo. El artículo lleva como título República Argentina. Debajo del mismo se especifica: “Tinogasta, marzo 22 de 1867. Sres. Editores del Constituyente”. En el texto se revela también que la nota ha sido escrita con el fin expreso de enviarla a Chile para ser publicada en ese país. (No se trata de la reproducción de un artículo publicado en un diario argentino; es decir, el objetivo no es despertar determinadas reacciones en el lector argentino, sino informar al público chileno. Ello otorga al artículo aún más interés. Sobre todo, teniendo en cuenta que el mismo procura reflejar el ambiente que se percibía en la Argentina en torno a la polémica cuestión. *Mui jeneral es aquí la convicción de que el gobierno chileno ayuda a los reaccionarios, o más bien, que éstos son los agentes a instrumentos de aquel para traerse la guerra*, asegura el artículo. Como fundamento de esta afirmación, añade lo siguiente:

*Entre las tropas que ha batido a Córdoba estaba una compañía de cazadores de infantería, perfectamente organizada, cuyas maniobras hechas con precisión demuestran claramente que es de línea, siendo chilenos todos los oficiales y soldados, sin excepción de uno solo siquiera. Ahora bien, esta tropa no ha podido Varela organizarla bajo el pie en que está, porque no es capaz de hacerlo, siendo un gaucho sin instrucción militar alguna; además que en cuatro meses que hace que entró en campaña, no se puede formar tropas de línea.*

Para ampliar la base de sustentación de su hipótesis, el articulista cita entre sus fuentes a chilenos, a quienes atribuye declaraciones concretas al respecto. *El señor Medina y demás oficiales chilenos aseguran públicamente que esta compañía salió de Copiapó el 20 de enero a las doce del día, cargan-*

<sup>29</sup> Bazán, 1975, 76.

*de bagajes, municiones y una pieza de artillería en la plaza pública, afirma el artículo. Luego asegura que los grupos rebeldes contaban con importantes aportes chilenos, tanto en armas como en tropas:*

*También se sabe positivamente que a las inmediatas órdenes de Varela vienen dos compañías más de tropa chilenas, cada una con su respectiva pieza de artillería fulminante, que se hallan actualmente en la villa de Famatina. Además de esto, del parque del Huasco han salido 200 fusiles que Saile Lozada ha traído a Jáchal.*

El periodista daba como un hecho seguro la presunta colaboración chilena en la guerra civil argentina, mediante el suministro de elementos de combate. Lamentablemente no cita fuentes de información. Posiblemente se trate de versiones periodísticas locales, lanzadas en común acuerdo con la exhortación del diario oficialista *La Nación Argentina*, que animaba a difundir estas hipótesis para deslegitimar las revueltas. De todos modos, más allá de la congruencia o no entre estas afirmaciones y la realidad de los hechos, lo importante es que el artículo examinado reflejaba la amplia difusión en la Argentina de las versiones que imputaban el respaldo chileno a los sediciosos. Esta hipótesis se consideraba confirmada, además, por los movimientos diplomáticos que se atribuían a agentes chilenos:

*Después de todo esto la coincidencia de haberse retirado al mismo tiempo el encargado de negocios de Chile y el cónsul chileno en Salta, y últimamente haber desaparecido entre gallos y media noche la legación chilena en Buenos Aires, pruevan evidentemente la participación del gobierno de Chile en nuestras contiendas civiles, que por el carácter que van tomando se asemejan más a una guerra de exterminio que a la que se hace con el objeto de buscar la alianza de un pueblo.*

La reducción de la presencia diplomática chilena en Argentina es presentada por el articulista como otro argumento para explicar las sospechas de la clase dirigente local con respecto a la actitud de Chile en las revueltas. Posteriormente, reitera y amplía algunas afirmaciones anteriores en torno a la acción directa de tropas chilenas en territorio argentino.

*Con el correista portador de esta se regresan a Chile el capitán Martínez y un teniente de la compañía de cazadores chilenos que han desertado, protestando de las violencias y exacciones cometidas por su jefe don Estanislao Medina, y rehusando hacerse solidarios de las degollaciones y crímenes que son el sello fatal que lleva impreso la reacción. Estos caballeros confirmarán todo cuanto denun-*



*ciamos. Hace cinco días que la vanguardia chilena marchó a incorporarse a Varela para atacar a la Rioja, cuya plaza está ocupada por tropas tucumanas y santiagueñas.*<sup>30</sup>

La presencia de tropas y armas chilenas en los combates civiles argentinos aparece como una constante en el artículo. Estas afirmaciones parecen congruentes con parte de las declaraciones del propio Varela en su "Proclama" de 1868, al menos parcialmente. Pero el articulista va mucho más allá y llega a otorgar a las tropas chilenas una presencia mucho más marcada y decisiva que la atribuida por Varela.

#### IV. RESISTENCIA, SEDICIÓN Y BATALLAS PERIODÍSTICAS

Como se ha examinado en el apartado anterior, los movimientos revolucionarios de Cuyo y el norte argentino se llevaron adelante, en buena medida, gracias a las posibilidades de desplazamiento en territorio chileno. Allí realizaban los exiliados sus contactos, trazaban sus planes y ejecutaban sus cambios de posiciones. Además, hubo chilenos participando activamente en los levantamientos, al igual que respaldo en armas, dinero y materiales de propaganda. Estos hechos parecen probados, pues coincide la versión de Felipe Varela con la de varios historiadores argentinos, aunque varios artículos periodísticos chilenos hayan intentado negarlo. De todos modos, estas manifestaciones de solidaridad, en tanto expresadas por ciudadanos a título personal, respondían a un ambiente cultural vigente entonces en Chile de antipatía hacia el gobierno argentino y de simpatía por la causa del Paraguay.

Más complicado es determinar si el respaldo a los sediciosos argentinos involucró también al gobierno chileno. No hemos encontrado evidencias que puedan probarlo. Pero el gobierno argentino, a través de sus órganos de prensa y de los discursos del Presidente Mitre, lo daba por supuesto. Esto originó una fuerte polémica que complicó las relaciones oficiales entre los dos países. Por ejemplo, *El Nacional* de Buenos Aires aseguró que:

*Hoy es un día de descubrimiento. Una persona caracterizada nos asegura que el gobierno nacional ha descubierto que la mano del gobierno de Chile anda metida en los asuntos de las provincias en que han estallado algunas pequeñas revoluciones.*

El diario de Valparaíso reprodujo estas afirmaciones con el objeto de analizarlas críticamente y desmentirlas en forma terminante:

<sup>30</sup> *El Mercurio* de Valparaíso, 6 de abril de 1867, 2.

*Esto sorprenderá a nuestros lectores como nos ha sorprendido a nosotros. ¿No tiene bastante el gobierno de Chile con el bombardeo de Valparaíso, con la casi ruina de su comercio, con la oposición de su propio pueblo?*<sup>31</sup>

Por su parte, *La Nación Argentina* desarrolló esta hipótesis en largas notas, a lo largo de las cuales intentaba deslegitimar los movimientos de resistencia a la guerra del Paraguay, y justificar la implacable represión descargada por el aparato del Estado sobre las montoneras alzadas. Especial interés al respecto supone un artículo publicado en el verano de 1867, cuando las tropas del ejército oficial marchaban a Cuyo a reprimir a los Colorados. El diario oficial aseveró que "la revolución de Mendoza (es) una agresión al extranjero, prima hermana de la agresión paraguaya al dejarse caer contra los campos de Corrientes y Goya". En otro lugar, el matutino acusaba a los adversarios de la política del Presidente Mitre de estar "todos al servicio de Paraguay y de Chile, gracias al oro de aquél y a las intrigas de éste". Luego señaló la necesidad de difundir la versión referente al respaldo chileno a las revoluciones internas como táctica para deslegitimarlas y elevar la moral de las tropas represivas:

*Las fuerzas que van a las órdenes de Arredondo pelearían con mayor denuedo, sabiendo que no son sus hermanos a quienes dirigen sus balas, sino chilenos -extranjeros- agresores. Quizá les haga cuenta saber que de los 107 presos de Mendoza, que el chileno Arroyo soltó, eran chilenos 63.*

Más adelante, el artículo publicado en *La Nación Argentina* apuntaba directamente al gobierno chileno, a quien acusa de diseñar ambiciosos planes de proyección internacional como mecanismo para diluir conflictos sociales internos. La nota parece haber sido escrita para ser leída por los oficiales delante de las tropas represivas, para arengarlas antes de entrar en combate contra los montoneros sublevados, excitando sentimientos xenófobos:

*Dicen algunos que efectivamente Chile es una gran cosa puesto que subleva al Perú, levanta a Melgarejo, cambia la política de Carrión y pone en combustión a la misma República Argentina, sin renunciar a su aire de matón para con la España. Será conveniente explicar el por qué.*

*Así como hai en Chile dos órdenes de edificios, es decir al lado de una casa grande en que todo sobra, otra chica en que todo falta, así hai entre los ciudadanos unos pocos dueños del territorio que lo tienen todo y otros llamados rotos que no tienen ni cama ni camisa. Entre los hijos de los primeros hai 600 aboga-*

<sup>31</sup> *El Mercurio* de Valparaíso, 21 de junio de 1866, 3.

*dos, de los cuales 350 están sin pleitos. He aquí la incógnita: he aquí la fuerza de Chile para hacerse presente en todas partes. Un abogado y 300 rotos van a Bolivia. Dos abogados y 1.000 rotos van a Lima. Otro tanto sucede en Ecuador y ni más ni menos viene sucediendo en esta república. Los abogados saldan así sus cuentas atrasadas y los rotos logran pasaje gratis para salir de su tierra en que solo ganan diez centavos al día y dos platos de porotos.*<sup>32</sup>

El artículo combinaba elementos xenófobos para deslegitimar el movimiento de resistencia y justificar la represión, a partir de pobres argumentos periodísticos. En efecto, la argumentación no se iniciaba con noticias concretas y verificadas como corresponde a la gravedad del tema y a la presunta seriedad de un diario. Al contrario, la nota comenzaba con un vago "dicen", sin aclarar quién, cuándo, dónde, cómo y por qué. No se fundaba en información, sino meramente en una vaguedad, a partir de la cual se construía un razonamiento agresivo, con claras intenciones políticas y sin ningún tipo de responsabilidad. En este sentido, el diario del Presidente de la nación descendía a niveles discursivos claramente inferiores a los de Alberdi y Varela, dada la debilidad de sus argumentos.

Poco después, *La Nación* publicó otra nota aún más claramente xenófoba, al reproducir un artículo de la *Revista Española*. Este periódico, por encontrarse la comunidad peninsular en guerra directa con Chile, reflejaba el tradicional discurso xenófobo de los medios de prensa de países beligerantes; concretamente, apela al recurrido recurso de descalificar y agredir al país adversario, apelando a todos los argumentos posibles. Si esta publicación hubiese circulado en España, no hubiese alterado las tradiciones periodísticas de la época. Pero fue permitida su circulación en la Argentina, lo cual ya implica una tolerancia al menos discutible por parte de las autoridades nacionales. No conforme con ello, el círculo del Presidente Mitre llegó a reproducir en su propio diario el artículo peninsular. El mismo afirma que *siempre en todo tiempo Chile fue el eterno perturbador de la su paz interna (de la Confederación Argentina). Chile es la única de las naciones circunvecinas que se ha complacido en las desgracias de este país.*

Para fundamentar su opinión, la nota imputa a Chile la conducta de aprovechar "vilmente de los momentos en que pudo a mansalva arrebatar de sus fronteras la propiedad pastoril, que constituye su más sólida riqueza..." A modo de ejemplo, cita dos casos concretos, cuya responsabilidad atribuye a Chile: "Setiembre y noviembre de 1865 están todavía grabados en la mente horrorizada de los habitantes del Sud, porque fue en esos meses de aciago

<sup>32</sup> Citado en *El Mercurio* de Valparaíso, 21 de marzo de 1867, 2.

recuerdo, que, bajo la dirección de un indio chileno, el general don Juan de Calfulcurá, como allí le llaman, se organizaron las tribus de todo el desierto". La nota critica la política chilena frente a los indios, y califica una de sus medidas en términos de "el más criminal egoísmo de esa república tan imbécil como inhumana". Luego insiste en censurar "ese negocio tan criminal como abusivo entre Chile y su digno aliado Calfulcurá".<sup>33</sup>

La batalla política llevaba a los redactores del Río de la Plata a sostener la hipótesis de una presunta complicidad entre las autoridades chilenas y los malones indios, que hacían sentir sus efectos en la línea que se extendía desde San Rafael y Río Cuarto hasta el sur de la provincia de Buenos Aires, malones que experimentaron un fuerte incremento a partir de 1867. De esta manera se intentaba reforzar la campaña periodística contra las actitudes del gobierno chileno, con vistas a obtener mayor credibilidad en torno a la hipótesis de la complicidad del país trasandino en los levantamientos del interior contra la guerra de la Triple Alianza. Pero se trataba de un argumento muy discutible, a la luz de la tesis de Leonardo León. El autor afirma que había una relación estrecha y coordinada entre las comunidades indias de ambos lados de la cordillera. Enfatiza la importancia del "boquete" de Villarrica como paso relativamente fácil y accesible para el desplazamiento de los indios a través de la cordillera. También señala que en esos años los indios actuaban en forma distinta ante los grupos "civilizados" de ambos países: reiteraban los malones en la parte argentina para obtener ganado (relación conflictiva y violenta), para luego venderlo en el mercado chileno (relación comercial y pacífica). Esas dos formas distintas de relacionarse con los dos países respondían a una misma táctica, diseñada y ejecutada en forma autónoma por los indios, aplicando sentido práctico y de adaptación a las características particulares de las repúblicas establecidas a ambos lados de la cordillera.<sup>34</sup>

<sup>33</sup> Artículo publicado en *Revista Española*, reproducido por *La Nación Argentina* y *El Mercurio*, 27 de abril de 1867, 2. En este último se efectúan comentarios críticos del mismo.

<sup>34</sup> "Los araucanos y sus aliados de las Pampas gozaban de plena independencia y autonomía política, con respecto a los gobiernos de Buenos Aires y Santiago. Sus territorios componían una entidad autónoma con diferentes tipos de fronteras, en algunos casos natural, en otros militar y en otros política, dentro de la cual los líderes indígenas llevaban a cabo sus acciones (...) En general, en la literatura relacionada con el tema, especialmente en Argentina por el efecto que las invasiones tenían sobre las haciendas fronterizas, se ha insistido en el carácter chileno de los invasores, tal vez con el ánimo de exacerbar pasiones nacionalistas. De acuerdo a los antecedentes presentados, el liderazgo político que, a mediados del siglo XIX, los jefes de la Araucanía ejercían sobre sus vecinos orientales, no constituía de ninguna manera un predominio de los jefes 'chilenos' sobre sus congéneres 'argentinos'. Las relaciones de solidaridad militar establecidas a través de los Andes eran una expresión de la sociedad indígena que, por sobre argumentos jurídicos de dudosa autenticidad, tendía a preservar su identidad y libertad". León, Leonardo. *Alianzas militares entre los araucanos y los indios de las Pampas: la rebelión araucana de 1867-72 en Argentina y Chile*. En: *Nueva Historia*, año I, número 1, Londres, 1981, 38-39.

De todo modos, y más allá de la falta de congruencia entre el discurso y la realidad, lo cierto es que la prensa combativa se mantenía firme en su hipótesis de presunta alianza entre chilenos y malones indios, pues le servía como arma para la lucha política interna, básicamente, para tratar de deslegitimar los movimientos de resistencia a la política exterior oficialista y justificar la represión de los mismos.

Para causar mayor impacto, el citado artículo de la *Revista Española* y *La Nación Argentina* empleaba recurrentemente sustantivos y adjetivos con claras connotaciones negativas. Usaba expresiones como “eterno perturbador”, “aciago recuerdo”, “vilmente”, “criminal egoísmo”, “imbécil e inhumana”. La nota no informaba, no aportaba noticias. Se alejaba del rol periodístico para ingresar claramente en la lucha política. Pero sin tener en cuenta límites de decoro, sobre todo teniendo en cuenta el respeto que merecen los países extranjeros.

Al parecer, la interpelación cumplió su cometido. No hay elementos para probar que la columna represiva del ejército nacional que marchó sobre Cuyo haya manejado esta información; pero, de hecho, al llegar al lugar, y una vez controlada la situación, se llevaron adelante actitudes xenófobas, tal como propiciaba el artículo anterior. Así lo refleja una nota-denuncia publicada en Valparaíso, escrita por un argentino después de la derrota de la Revolución de los Colorados. En primer lugar, el articulista explica que las fuerzas represivas difunden un discurso tendiente a culpar a Chile de haber colaborado con la revolución:

*No satisfecho con las calamidades que ha sufrido esta república con la guerra civil, pretende malquistarnos con nuestra querida hermana la República de Chile, haciéndoles cargos infundados a su gobierno de haber protegido a los revolucionarios con armas, dinero y soldados.*

Lo más grave del caso es que, con ese discurso, las tropas represivas no sólo apuntan a deslegitimar el movimiento montonero y negar las causas del descontento interno, sino también ponen en marcha una ola de xenofobia contra los ciudadanos chilenos radicados en la Argentina:

*Su propaganda la dirige también contra los nacionales chilenos que, aunque han observado una estricta neutralidad en las cuestiones políticas, los calumnia haciéndolos figurar como cómplices de la rebelión. Por su sola indicación, el manejable rector del Colegio Nacional, Manuel José Zapata, destituyó a dos profesores chilenos notables por su inteligencia y contracción en el profesorado. Zapata, que tan inmerecidas consideraciones recibió en Chile, participa de la odiosidad salvaje que su sobrino político abriga contra los chilenos, convirtiéndose en instrumento ciego de sus venganzas.*

Para aclarar su posición, el articulista se presenta como observador imparcial de los acontecimientos. Toma distancia de los bandos en pugna (gobiernistas y sublevados), reivindica el estado de derecho y condena la Revolución de los Colorados por haber alterado el orden. Desde allí avanza en la denuncia por los excesos cometidos por las fuerzas represivas:

*No pretendemos hacer el elogio de los hombres de la revolución. Por el contrario, hemos tenido ocasión de deplorar una insurrección que sólo ofrecía expectativas de una lucha estéril. Nuestras simpatías por la causa del Paraguay no nos impidieron condenar el caudillaje. Pero, dando por probados todos los crímenes de que se acusa a los revolucionarios, preguntamos ¿qué es lo que gana la república argentina con esta feroz alegría de los ejecutores, con esta sed de venganza y de esterminio?*

*Creíamos que el régimen del tiempo de Rosas había concluido para siempre en la república argentina; pero los sucesos de la última revolución y los que la han seguido demuestran que están aún vivos los recuerdos de aquella época...*

*Con más o menos lujo de crueldad hemos visto practicar en las repúblicas sud americanas la doctrina de que es preciso ahogar en sangre el espíritu de revuelta. De aquí las sangrientas venganzas de los vencedores que, en vez de suprimir el mal, son un jérmen fecundo de nuevas revoluciones.*

Luego denuncia que las fuerzas de la represión son responsables de dos asesinatos por motivos políticos y exige juicio y castigo para los responsables de los delitos: "Sin una protesta de su parte, sin el enjuiciamiento de los ejecutores de Molina y Belomo, no sabemos cómo pueden presentarse los vencedores como los representantes de la civilización".<sup>35</sup>

Las acusaciones oficialistas a Chile en torno a su presunto respaldo a las rebeliones internas no fueron exclusividad de diarios de Buenos Aires. En efecto, en otras provincias controladas por grupos adictos a la política oficial, también se verificaron artículos periodísticos en esa dirección. Un buen ejemplo fue la provincia de Salta. Así lo reflejó una nota publicada en *El Mercurio* de Valparaíso:

*La prensa salteña también ha enarbolado el odio contra el gobierno de Chile, a quien acusa de fomentar la reacción a fuerza de oro. Nuestros colegas de ultracordillera profesan casi en general esta creencia, de la cual parecen decididos a no cambiar... De esta suerte disculpan la mala política del gobierno general argentino que, impotente para acabar de una vez con los caudillos, achaca a un poder extraño lo que es fruto de su debilidad y de su desatención por las provincias.*<sup>36</sup>

<sup>35</sup> *El Mercurio* de Valparaíso, 13 de mayo de 1867, 3.

<sup>36</sup> *El Mercurio* de Valparaíso, 6 de abril de 1867, 2.

El artículo es interesante, porque permite detectar las conexiones entre los medios de prensa oficialista en la Argentina. Al parecer, tuvo acogida en los medios de prensa del interior del país la propuesta de *La Nación Argentina*, difundida en el verano de 1867, por la cual exhortaba a destacar los lazos entre los revolucionarios y la ayuda chilena, con idea de deslegitimar los movimientos sediciosos y estimular a los agentes de la represión. Conviene destacar al respecto que el autor de la nota anterior comenzó su argumentación citando un caso particular, "la prensa salteña", pero luego amplía esta afirmación y la hace extensiva a otros sectores de la prensa: "nuestros colegas de ultra-cordillera profesan casi en general esta creencia".

Poco después, *El Mercurio* de Valparaíso reprodujo otro artículo escrito por un periodista argentino oficialista, en el cual se reiteran y amplían los argumentos xenófobos como argumento de lucha política interna. La nota denuncia "las solapadas acechanzas de nuestros vecinos que quisieran aprovechar para su engrandecimiento particular nuestro estado de incesante discordia civil, contribuyendo a mantenerlo y agravarlo. Esto lo acabamos de ver de parte de Chile y Bolivia, con pretensiones el primero de estos estados de usurparnos la Patagonia y el segundo conspirando para arrebatarnos a Jujuy después de habernos usurpado a Tarija". Luego califica los movimientos revolucionarios de resistencia en términos de "espantosa guerra semi-civil, semi-extranjera", y les imputa haber "agotado la fuente de nuestras rentas". El documento culmina con una exhortación a dejar de lado las diferencias (y cuestionamientos) internas, con vistas a la unidad nacional de cara al extranjero: "Temamos más bien al extranjero que nos contempla despedazarnos los unos a los otros sin piedad ni tregua por más de medio siglo".

Una línea relativamente congruente con el artículo anterior se reflejó en el discurso del Presidente Bartolomé Mitre al Congreso de la Nación correspondiente a 1867. Se trata de otro documento importante para la historia de las relaciones entre Argentina y Chile, por aludir directamente a la cuestión. Además, en ese momento, Mitre no se expresaba indirectamente, mediado por los periodistas de *La Nación Argentina*, sino en forma directa, en calidad de Presidente de la nación. En ese marco, Mitre señaló al respecto:

*La rebelión últimamente ocurrida en el interior, por las circunstancias de haber nacido y tomado grandes proporciones en las provincias limítrofes con aquella república (Chile) en las que además se han asilado los promotores de la misma, dará lugar a algunas reclamaciones por nuestra parte. Como ellas han de ser apoyadas en la justicia y el derecho, el gobierno abraza la convicción de que ha de encontrar en la ilustrada administración de aquel país hermano, benevolencia y justicia.<sup>37</sup>*

<sup>37</sup> *El Mercurio* de Valparaíso, 7 de julio de 1867, 1.

El discurso de Mitre se mantuvo dentro de un lenguaje mucho más prudente y cuidadoso que el empleado en las páginas de *La Nación Argentina*. De todos modos, la cuestión de fondo se mantuvo, la lectura crítica hacia Chile, a quien se imputaba responsabilidad en los movimientos de resistencia a la política exterior argentina. En otras palabras, Mitre procuró explicar al Congreso de la Nación que las causas de la crisis interna no se encontraba en su política, sino en móviles externos. Era una forma de descargar su responsabilidad y, en cierta forma, deslegitimar a los revolucionarios. Pero para ello apeló a echar un manto de sospecha sobre la conducta de un país vecino. Esta actitud cayó como una bomba en Chile. Así lo reflejó *El Mercurio* de Valparaíso en una enjundiosa nota editorial, en la cual censuró el discurso de Mitre: *Este documento no contiene ninguna idea grande y elevada, en cambio se presta a las más tristes y desoladoras reflexiones*, advirtió la nota a modo de presentación. Luego explicó que *la circunstancia de haber estallado la revolución en provincias limítrofes con Chile nos traerá algunos reclamillos, que el general Mitre espera le escucharemos con benevolencia. Será indispensable armarse de paciencia*. Posteriormente, el artículo se orientaba directamente a criticar el fondo de la cuestión:

*Y más sensible es aún que las exigencias que ha hecho nacer hayan obligado a algunos políticos a acordarse de nosotros para buscar en el fomento de ciertas malas ideas un medio de desviar la atención de sus compatriotas de los efectos que está produciendo una mala política. No es política cuerda la que, a través de conservar ciertos intereses pasajeros, hiere otros más permanentes y que están destinados a hacer la verdadera felicidad y unión de los estados. A fuerza de forjar fantasmas, va al fin a lograrse alzar una barrera entre los pueblo de dos países limítrofes y llamados por tantos motivos a recorrer juntos los senderos del progreso, como un día anduvieron los de la victoria.*

*Hoy puede no hacerse caso de hechos que se consideran fútiles; pero su repetición persistente produce al fin algún resultado funesto. Es necesario no olvidar jamás que uno de los deberes más altos de un gobierno es propender a la unión de todos los estados, porque la humanidad avanza cada día en el sentido de unificar todos sus intereses: contrariarla en esta obra es paralizar su progreso y oponerse a que los estados alcancen toda la felicidad que apetecen.*<sup>38</sup>

El análisis editorial sintetiza los distintos elementos que se encontraban en juego. Por un lado, refleja la intención del Presidente Mitre de justificar las convulsiones internas durante su gobierno, mediante el tradicional argumento

<sup>38</sup> Editorial de *El Mercurio* de Valparaíso, 10 de julio de 1867, 2.



de colocar la responsabilidad fuera de la órbita de sus decisiones, para trasladarla al exterior. *El Mercurio* destacaba la gravedad del empleo de esta táctica, porque implicaba subordinar lo coyuntural (los intereses del gobierno de turno y sus necesidades de brindar alguna explicación por las muestras masivas de resistencia a su política) a lo permanente (las relaciones entre los países). El editorial reiteró, en el fondo, las mismas críticas que se formularon al mitrismo con motivo de la guerra con España: la indiferencia por la causa de la unidad americana. Pero, a la vez, llama la atención sobre el impacto que puede causar, hacia el futuro, el discurso oficial xenófobo. Concretamente, *El Mercurio* advertía del peligro para la unidad entre Argentina y Chile, que podía conllevar la reiteración de las declaraciones de autoridades y diarios oficiales interesados en difundir la hipótesis de la agresión chilena para explicar las resistencia popular a una política gubernamental.

#### V. SARMIENTO, EL PUENTE ENTRE ARGENTINA Y CHILE

El tradicional diario de Valparaíso llegó a fijar posición en aspectos políticos tan específicos de un país extranjero, como la sucesión presidencial. El hecho constituye un aspecto más del interés que despertaban los temas de los países latinoamericanos en Chile y refleja, además, la percepción que la elite chilena tenía de los distintos grupos y dirigentes argentinos, muchos de los cuales había conocido directamente durante el exilio en tiempo de Rosas.

El Presidente Mitre fue electo por el período 1862-1868. Un año antes de cumplir su mandato, comenzó la lucha por la sucesión. El gobierno respaldaba la candidatura de Rufino de Elizalde, en tanto que otros sectores impulsaban a Domingo Faustino Sarmiento, Justo José de Urquiza o Adolfo Alsina. El tema generó una gran expectativa en la prensa del país y del extranjero.

Los medios de prensa de Buenos Aires dedicaban importantes espacios al tema de las candidaturas y luego eran reproducidos por periódicos extranjeros, entre ellos, *El Mercurio*. Este diario informó sobre las posiciones de la prensa de Buenos Aires. Por ejemplo, sostuvo que *El Correo* se manifestaba por la fórmula Urquiza-Alsina; *El Pueblo* también proclamaba al entrerriano. *La Tribuna* y *El Nacional* se expresaban por el binomio Sarmiento-Alsina.<sup>39</sup>

La clase dirigente chilena tenía interés en estos acontecimientos y motivos para fijar sus inclinaciones. Fundamentalmente por el estrecho lazo que unía a los intelectuales y políticos chilenos con uno de esos candidatos: Domingo F. Sarmiento. Este había vivido muchos años en Chile durante el gobierno de

<sup>39</sup> *El Mercurio de Valparaíso*, 26-5-68, 2.

Rosas. Entre 1841 y 1852 fue acogido por ese país. Actuó como periodista en *El Mercurio* y en otros medios de prensa. Se vinculó estrechamente con la clase dirigente chilena, entabló lazos con hombres como Lastarria y Manuel Montt. Su pasión por la cosa pública lo llevó a escribir sobre la Argentina y criticar severamente el modelo de los caudillos, que él calificaba de "barbarie". Los escritos de Sarmiento se hicieron sentir del lado oriental de los Andes. Pero Sarmiento también asumió como propios los problemas de la sociedad chilena y escribió con su combativa pluma sobre los mismos.

El gobierno chileno valoró la capacidad de Sarmiento y le confió misiones en Estados Unidos y Europa, donde permaneció durante dos años y tres meses (1845-1847). Ese tiempo fue aprovechado por el sanjuanino para investigar sobre distintos temas (educación pública, municipios, venta de tierras públicas) y luego escribir libros de gran trascendencia como *Viajes por Europa, Africa y América* (1849), *La educación popular* (1849), *Argirópolis* (1850) y *Comentarios de la Constitución* (1853). La experiencia adquirida por Sarmiento en esos viajes resultaría fundamental para su futura labor intelectual, como ha señalado Katra. Y volviendo específicamente al paso de Sarmiento por Chile, el mismo resultó fecundo para la actividad cultural, política y educativa de ese país, conforme observa Fuenzalida Grandón.

El antiguo lazo de Sarmiento con Chile se estrechó durante la guerra hispanoamericana. Sarmiento era ministro plenipotenciario del gobierno argentino en Chile y Perú, cuando en la capital de este país se celebró el Congreso Americano (1864). El Congreso fue convocado en enero de 1864; varios países sudamericanos aceptaron la invitación, pero el gobierno argentino decidió no asistir al mismo. El canciller Elizalde señaló que su gobierno "no está en el caso de hacer suya la cuestión del Pacífico con España".<sup>40</sup> No obstante, cuando el Congreso comenzó a sesionar (octubre de 1864), Sarmiento se encontraba en Lima y decidió tomar parte. Participó como visitante primero y como miembro activo después. Aunque el gobierno argentino le había "reiterado sus órdenes de que no participase",<sup>41</sup> Sarmiento se involucró con su habitual energía y llegó a firmar documentos de solidaridad con Chile y Perú, y de repudio a actitudes de la armada española en el Pacífico.<sup>42</sup> Sarmiento fue re-

---

<sup>40</sup> Belgrano, 1941, 533.

<sup>41</sup> *Idem, Ibid.*

<sup>42</sup> El Congreso Americano de Lima abrió sus sesiones el 28 de octubre de 1864. Enviaron representantes oficiales los gobiernos de Perú, Chile, Ecuador, Bolivia, Colombia, Guatemala y Venezuela. Las autoridades argentinas declinaron la invitación a participar. El ministro plenipotenciario argentino en Chile y Perú, Domingo F. Sarmiento, fue enviado a Lima como observador, pero rápidamente se incorporó como participante activo, sin autorización de su gobierno. Uno de los primeros asuntos que trató el Congreso fue la ocupación de las islas Chincha por parte de la flota española. El Congreso emitió un documento, fechado el 31 de octubre de 1864 y

prendido y desautorizado por el Presidente Mitre, quien le escribió que "un diplomático puede hacer de todo, menos política suya".<sup>43</sup> El gobierno argentino intentó alejar a Sarmiento del conflictivo teatro de operaciones del Pacífico Sur. Para ello lo envió como embajador a Estados Unidos (1865-1868). En el país del norte se encontraba Benjamín Vicuña Mackenna, enviado por su gobierno para obtener respaldo en el marco de la guerra, en una delicada misión diplomática.<sup>44</sup> Sarmiento tenía motivos para rechazar a Vicuña Mackenna, quien lo había criticado severamente en su libro *Viajes* (1856). No obstante ello, Sarmiento sobrepuso su americanismo a las cuestiones personales, tomó contacto con el enviado trasandino y encontró la forma de colaborar con la causa chilena. Sarmiento logró burlar una vez más la parca actitud del gobierno argentino y apoyar en forma eficaz la causa de la nación hermana.

La actitud constante de Sarmiento, en el sentido de respaldar a Chile en su complicada situación, se reflejó en las páginas de *El Mercurio*, con motivo de comentarse la sucesión presidencial en Argentina. Fue justamente uno de los testigos de las actividades pro chilenas del sanjuanino, Vicuña Mackenna, quien difundió públicamente las posiciones sarmientistas y lo reivindicó como el más adecuado candidato a la presidencia de Argentina.

En el espacio correspondiente a su nota editorial del 18 de diciembre de 1867, *El Mercurio* publicó un artículo sobre la sucesión presidencial en la Argentina. La nota llevaba la firma de Vicuña Mackenna y señalaba que "*la campaña electoral que se prepara en la República Argentina no puede ser indiferente para Chile, interesada como está en que predomine al otro lado de los Andes una política conciliatoria y fraternal*".

El artículo examinaba a los tres postulantes a la presidencia argentina y, fundado en distintos argumentos, señaló una y otra vez que el sanjuanino era el candidato más conveniente para asegurar relaciones cordiales entre los dos

---

dirigido al Almirante don Luis H. Pinzón, "como único representante del gobierno español en esta cuestión i como jefe superior de las fuerzas navales que ocupan las islas de Chíncha, parte constitutiva de la República Peruana", por el cual se le solicitaba "la pronta desocupación de las islas i su entrega al Perú en los términos correspondientes a sus derechos y a la dignidad de la República". El documento fue firmado por los delegados de Colombia, Venezuela, Argentina, Chile y Perú. Al comentar este hecho, el historiador Grez Pérez señala que "lo más raro e incomprensible de todo esto es la firma de Sarmiento, pues no era posible que éste no se diese cuenta de la situación. Los demás podían firmar, pero él no. El estaba únicamente en el Congreso como visita graciosamente invitada a él y sin tener la autorización explícita del gobierno de su patria" (163). El almirante español rechazó el pedido del Congreso Americano, alegando que sólo podía recibir órdenes de su gobierno. Ver Grez Pérez, 1928, 161-168; Cerda Catalán, 1977, 80-95.

<sup>43</sup> Centeno, 1917; Grez Pérez, 1928, 168; Silva, 1946, 28-30; Sin Bruno, 1960; Cerda Catalán, 1977, 80-81; 1982, 9-10; Vitale, 1988; Belgrano, 1941, 533.

<sup>44</sup> Grez Pérez, 1928, 312-320; Guerrero Yoacham, 1986; Cerda Catalán, 1981, 139-141.

países. El autor hizo la autocrítica de su libro *Viajes* (1856) y reivindicó a Sarmiento, a la vez que aseguró públicamente que el mismo era el mejor candidato a la presidencia argentina. "Sarmiento ha dado muestras de un espíritu elevado y del más puro americanismo", señaló Vicuña Mackenna. En efecto, "en Estados Unidos, Sarmiento cooperó con sus escritos y el influjo de su alta posición a los trabajos propagandistas de Chile". El escritor tenía autoridad para emitir esta opinión, pues el gobierno de su país le había encargado esas tareas propagandistas; de allí la importancia de esta opinión. Pero, además, brindó otros argumentos significativos:

*La mayor parte de los caudillos que se disputan el poder en las secciones de este continente, han ganado sus títulos en las guerras civiles. Muchos hay que empuñan el poder con sus manos ensangrentadas y que en la magistratura no son más que jefes de partido, representantes de los odios inveterados. No pertenece Sarmiento a esta clase de hombres. Su foja de servicios está llena, no de las cruentas hazañas de las luchas fratricidas sino de las victorias obtenidas en las batallas del progreso. ¿Quién no sabe lo que Sarmiento ha hecho por la instrucción del pueblo en Chile y en la República Argentina? ¿Quién no ve en él al hombre nuevo, desespañolizado?*<sup>45</sup>

Además de manifestar su simpatía por la candidatura de Sarmiento, *El Mercurio* publicaba artículos críticos sobre sus adversarios. Especialmente con relación al candidato oficial, Rufino de Elizalde, a quien "se designa públicamente con el nombre de candidato brasilero".<sup>46</sup> Más adelante se insistía con esta idea, al señalar los *inicios medios de que se sirve aquel gobierno para hacer triunfar su candidato oficial, el aliado del Brasil, el doctor Elizalde, para perpetuar así la funesta política que ha ensangrentado y arruinado la república*.<sup>47</sup>

Profundizando esta línea, el matutino porteño reprodujo un artículo de *El Constitucional* de Mendoza, donde se señalaban fuertes críticas al candidato oficial, a la vez que se expresaban simpatías hacia Sarmiento. La nota mencionaba "la postrera farsa que han querido jugar a la república los partidarios de Elizalde", y califica estas tentativas en términos de "inútiles esfuerzos", dado que *nuestros amigos han contrarrestado el golpe; y hoy podemos exclamar con entera seguridad: la combinación Sarmiento-Alsina triunfará el 12 de junio de 1868 para honra y bienestar de la nación*.

<sup>45</sup> *El Mercurio* de Valparaíso, 19 de diciembre de 1867, 2.

<sup>46</sup> *El Mercurio* de Valparaíso, 3 de abril de 1868, 3.

<sup>47</sup> *El Mercurio* de Valparaíso, 10 de junio de 1868, 2.

*El Mercurio* calificó la candidatura de Sarmiento en términos de “patriota” y dio por seguro el triunfo de la misma.<sup>48</sup> Con adjetivos y argumentos, las páginas del diario redondearon su simpatía por la figura del sanjuanino. Si bien la actitud del diario de Valparaíso constituyó una toma de partido en negocios interno de otra nación, su línea editorial —a pesar de estar opuesta al gobierno— fue coincidente con el pensamiento y la acción de importantes sectores de la sociedad argentina. En efecto, la posición sustentada por *El Mercurio* y por muchos chilenos, expresada a través de sus páginas, fue compartida por la elite argentina y los grupos con capacidad de influir en el proceso electoral. Ello permitió que el sucesor de Bartolomé Mitre fuese, justamente, el rebelde del Congreso de Lima, el “cómplice” de Vicuña Mackenna en Estados Unidos: Domingo F. Sarmiento.

#### CONCLUSIÓN

Las guerras internacionales y civiles desarrolladas en el cono sur en la década de 1860 causaron un fuerte impacto en los países involucrados y en las relaciones entre los mismos, especialmente Argentina y Chile.

Cada decisión que un gobierno o grupo representativo y autónomo tomaba de cara a los conflictos, afectaba directa o indirectamente las relaciones internacionales. El escenario se complicaba con la multiplicidad de actores, pues los Estados no contaban con el poder suficiente para controlar todas las manifestaciones morales y materiales. Por un lado, podía ir la política oficial, respaldada con los recursos del Estado. Por otro, se expresaban los intelectuales, periodistas y masas criollas. Algunos de estos grupos coincidían en el pensamiento y/o la acción con el gobierno; otros actuaban en el sentido exactamente inverso.

Desde el punto de vista moral, se desarrolló una corriente de simpatía por los ideales americanistas y contraria a la guerra de la Triple Alianza. Participaron de esta posición sectores de la prensa chilena, una parte de los medios periodísticos argentinos, intelectuales de los dos países (Lastarria, Vicuña Mackenna, Alberdi, Sarmiento) y capas criollas de ambos lados de la cordillera (que combatieron codo a codo en las pampas argentinas).

Entre el gobierno chileno y grupos de ciudadanos de ese país, comprometidos con la guerra civil argentina, pudo haber cierta coincidencia moral, pero hubo también distancias en cuanto a la acción. En efecto, el gobierno chileno guardó prescindencia ante los movimientos revolucionarios argen-

<sup>48</sup> *El Mercurio* de Valparaíso, 18 de junio de 1868, 2.

tinios (al menos no hay pruebas de lo contrario). Pero hubo grupos de criollos chilenos que participaron activamente en las correrías de Varela y los Colorados.

El gobierno argentino, ya directamente, ya a través de la prensa oficial, criticó duramente al gobierno chileno por la acción de ciudadanos de ese país en los conflictos internos. Le imputó la responsabilidad de instigar estos movimientos y contribuyó a difundir esta hipótesis, para deslegitimar las manifestaciones de resistencia popular interna a la política exterior oficialista, tanto en lo referente a la guerra del Paraguay como a la falta de solidaridad con los países vecinos agredidos, primero el Uruguay, luego Chile, ambos bombardeados por flotas extranjeras en forma impune ante el silencio del gobierno de Buenos Aires.

Llama la atención que el gobierno argentino —incapaz de controlar la conducta de los gauchos alzados en el interior de su propio país— exigiese a las autoridades chilenas hacerse responsable de la conducta de sus ciudadanos en el extranjero.

En el fondo, la crisis de la década de 1860 puso de manifiesto la brecha existente —dentro de la Argentina— de dos grupos antagónicos. Por un lado, el gobierno de Mitre y su política externa e interna, sustentada en los intereses comerciales y la vocación atlántica de la Argentina, que tendería a profundizarse en el medio siglo siguiente. Por otro, el heterogéneo grupo que participaba, directa o indirectamente, del ideal americanista y que se expresaba a través de intelectuales como Alberdi, caudillos como Varela y masas criollas del interior. En este sentido, la actitud de la prensa y otros actores chilenos estuvo más cerca del segundo de los grupos argentinos.

\* \* \*

Si se contextualizan los sucesos de la década de 1860 en un período de tiempo más amplio, aparecen algunas conclusiones de interés. Sobre todo desde el punto de vista de cambios y continuidades en las ideas de integración y americanismo.

La década de 1860 se caracterizó por el fuerte impulso de las ideas americanistas. Así lo reflejaron masas criollas y grupos intelectuales de ambos lados de la cordillera. Entre ellos cabe destacar a Lastarria, Alberdi y Sarmiento. Para sustentar estas ideas, los dos últimos llegaron a desafiar (con variaciones de matices) a su propio gobierno mediante distintas formas de expresión. El fenómeno es destacable, también, porque esos mismos pensadores, en otros tiempos, exhibieron posiciones muy distintas. Un buen ejemplo es el caso de Sarmiento. Antes y después de la década de 1860, mediante libros como *Facundo* (1845) y *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883), respecti-

vamente, Sarmiento fijó posiciones críticas y escépticas en torno a aspectos importantes de la cultura americana y criolla. El discurso que desarrolló a partir de la pareja conceptual civilización y barbarie constituía una valoración negativa de aspectos importantes de la cultura local. Ello se consolidó con sus posteriores ideas en torno a las razas. En este contexto, la posición americanista de Sarmiento, en la segunda mitad de la década de 1860, puede ser el reflejo de una evolución relativamente singular y transitoria de su pensamiento.

¿Por qué participó Sarmiento tan activamente en el Congreso de Lima en 1864? ¿Qué motivos tuvo para desafiar las instrucciones de su gobierno? Conforme a Sergio Vergara, es preciso tener en cuenta la estrecha amistad que unía a Sarmiento con el presidente de aquel Congreso, el chileno Manuel Montt. De todos modos, esta situación no alcanza por sí sola para explicar la actitud de Sarmiento. Porque poco después, en Estados Unidos, Sarmiento colaboró con Vicuña Mackenna con quien estaba distanciado en lo personal. Más allá de su amistad con Montt y su enemistad con Vicuña Mackenna, Sarmiento actuó en ambas circunstancias con el mismo criterio: llevó adelante un ideal americanista de solidaridad con Chile.

Además de los motivos personales, hubo otros factores que influyeron en el pensamiento de Sarmiento. En este sentido, Eduardo Devés propone considerar la fuerte influencia que pudo ejercer el americanismo desarrollado en esos años. Conforme al autor citado, es posible pensar que el "americanismo", como ideología que reivindica los valores de lo americano, de la independencia, de lo propio, de lo autóctono, actuó como polo de atracción –casi física– para muchos pensadores de la época. Y que esta capacidad de atracción era tan fuerte, que pudo desviar –al menos por un tiempo– el pensamiento del mismo Sarmiento que normalmente no fue muy proclive a tales ideas.

De todos modos, y más allá de la evolución del pensamiento de Sarmiento en torno a los valores culturales americanistas y criollos, su posición en cuanto a las relaciones entre Argentina y Chile tendió a fortalecerse. Durante su presidencia (1868-1874), el gobierno argentino autorizó a empresarios chilenos (los hermanos Clark) para la construcción del telégrafo (Ley 353, 1869) y del ferrocarril trasandino (1872), con vistas a unir con lazos de acero los puertos de Valparaíso y Buenos Aires. En este sentido, el primer mandatario argentino tuvo mayor confianza en los empresarios chilenos que en el gobierno de aquel país (Marín Vicuña, 1919). Además, al aceptar que capitales chilenos controlasen estratégicos instrumentos de transportes y comunicaciones internas y externas, Sarmiento ponía en evidencia actitudes de confianza en el país vecino y emitía señales claras a la sociedad, tanto argentina como del cono sur en general. Con estos antecedentes no fue casualidad, entonces, que, en su último mensaje presidencial, Sarmiento brindase un espacio al americanismo, la paz y

la necesidad de suprimir la guerra. Al respecto, reivindicó el Congreso Americano que "tendía indirectamente a este objetivo".<sup>49</sup>

El caso de Alberdi guarda cierta relación, porque, con anterioridad al conflicto, el citado intelectual había desarrollado un pensamiento americanista, pero con ciertas connotaciones aristocratizantes. Alberdi era partidario de ciertos privilegios para las élites, en detrimento de las posibilidades de participación de las masas criollas. Ello se reflejaba en sus proyectos constitucionales. Ahora bien, en el momento de fijar posición ante el conflicto bélico del Atlántico —presentado por sectores vinculados al gobierno argentino en términos de desenlace de la contradicción civilización-barbarie—, Alberdi estuvo decididamente en contra de la guerra del Paraguay. Y entre las banderas que más claramente enarboló para deslegitimar esa guerra, figuraba justamente el ideal americanista. Así lo expresó a través de distintos documentos a lo largo de esos años. Arribó de esta manera a una posición que fue reivindicada por el caudillo Varela, jefe de las capas criollas que se resistían a la guerra de la Triple Alianza.

Pero con posterioridad, el pensamiento de Alberdi evolucionó. Años después, Alberdi realizó afirmaciones de clara orientación eurocéntrica, en las cuales sus antiguas posiciones americanistas habían quedado atrás, según han observado Heredia y Halperin Donghi.<sup>50</sup>

Un fenómeno inverso se reflejó en el caso de Bartolomé Mitre. Ante el ataque español a Chile, Mitre era el Presidente de la Argentina y no correspondió a las demandas de solidaridad del país hermano. Como conductor del grupo que gobernaba el país, Mitre priorizó los intereses del Estado, y por ello se vio obligado a alterar su buena relación personal con la comunidad chilena, que lo había asilado en la década anterior. Mitre desoyó los reclamos del gobierno chileno ante la agresión española y llevó adelante la guerra de la Triple Alianza. La explicación última de la actitud argentina en este conflicto —según José Luis Romero— se encontraba en la necesidad de saldar la deuda que la élite gobernante en Argentina había contraído con el Brasil para lograr el derrocamiento de Rosas. A ello hay que añadir la orientación de los intereses económicos de un grupo tan importante en Buenos Aires como el de los comerciantes, para quienes era importante estrechar lazos de intercambio con países europeos como España y fundamentalmente Inglaterra.

<sup>49</sup> Silva, 1946, 30.

<sup>50</sup> Halperin Donghi, Tulio. *Proyecto y construcción de una nación (1846-1880)*. Buenos Aires, Ariel, 1995. Heredia, Edmundo. "Intervencionismo, unidad latinoamericana y pensamiento liberal: la liga continental 1856-1862". En: *Revista CICLOS en la Historia, la Economía y la Sociedad*. Buenos Aires, año III, vol. III, número 4, 1<sup>er</sup> semestre 1993, 75-102.



Mitre era el Presidente de un país que venía arrastrando una serie de contradicciones irresueltas, con un poder acotado por las deudas anteriores y la presión de grupos de poder económico. Estas eran algunas de las limitaciones que Mitre tenía para gobernar. Su política fue avanzando en forma gradual hasta alcanzar un punto de no retorno. Con el desarrollo de las acciones bélicas, Argentina se vio arrastrada hacia una situación cada vez más complicada, pues la guerra no tardó en imprimir su propia dinámica, quedando fuera del control del gobierno. En determinado momento, Mitre se encontró que gobernaba un país dividido, con dos frentes abiertos simultáneamente, uno externo y otro interno. Lo más grave es que la dimensión de las fuerzas de presión alcanzó niveles incontrastables, y la administración vio muy disminuida su capacidad de conducción del proceso político nacional.

El gobierno del Presidente Mitre buscó soluciones de emergencia para hacer frente a los problemas que se multiplicaban día a día. En ese contexto, resolvió sacrificar las buenas relaciones con países latinoamericanos, entre ellos, Chile. En su desesperada situación, Mitre llegó a impulsar discursos (directa o indirectamente) por los cuales culpaba a Chile por los movimientos internos de resistencia a su política exterior, como estrategia para legitimar su política de represión hacia los gauchos y caudillos federales. Esta situación fue detectada y expresada por *El Mercurio de Valparaíso*. El diario chileno advirtió que Mitre incurría en la irregularidad de subordinar los intereses permanentes de la nación argentina a las necesidades coyunturales de su gobierno en crisis.

La actitud personal de Mitre hacia Chile en la década de 1860 fue distinta de la que había mantenido con anterioridad. Algunas de las causas se pueden encontrar en las presiones que sufrió su gobierno. Esta hipótesis resulta verosímil si se tiene en cuenta que, después de la Guerra del Paraguay, y cuando Mitre cumplió su mandato y se alejó del poder, tendió a regresar a la posición anterior. Liberado de las presiones de su cargo, el pensamiento y la acción mitrista volvieron a expresarse en forma favorable hacia el país vecino.

Así se reflejó en 1873, cuando Mitre trabajó activamente para impedir que la Argentina aceptase el tratado secreto entre Perú y Bolivia contra Chile, lo cual, en caso de producirse, hubiese causado un deterioro de dimensiones insondables para las relaciones argentino-chilenas. A ello hay que agregar la actitud de Mitre historiador, especialmente en su libro sobre San Martín. Como es sabido, las obras de Mitre, influidas por el romanticismo, tenían un fuerte contenido ideológico. No configuraban un fin en sí mismas, sino un vehículo para la conformación de la identidad nacional en un país que contemplaba el desembarco masivo de inmigrantes y necesitaba descubrirse a sí mismo, a partir de un pasado común con héroes y victorias compartidas. En esta historiografía identitaria y fundacional, Mitre brindó un tratamiento sumamen-

te delicado a la relación con los chilenos, y contribuyó a difundir el ideario de la unidad, a partir de la gesta en común que fue la experiencia del Ejército de los Andes.

De todos modos, el trabajo historiográfico de Mitre tenía un perfil relativamente restringido desde el punto de vista de la integración con Chile. La historiografía impulsada en aquel contexto tenía como primordial objetivo la consolidación de los estados nacionales, mientras que los problemas de integración ocupaban un lugar secundario. A través de esta línea historiográfica, de la cual Mitre fue parte, la elite de ambos países aceptó un pasado común dado por la campaña del Ejército Libertador, con poca voluntad de ir más allá. El futuro estaría en la inserción de cada país por separado, en un mundo referenciado en Francia para lo cultural y en Inglaterra para lo comercial.

El florecimiento del pensamiento americanista de la década de 1860, con sus matices, fue un proceso relativamente corto e intenso, con capacidad para influir en grandes pensadores y masas criollas. Pero experimentó un rápido proceso de decadencia para ser sustituido por ideas eurocéntricas, que se consolidaron en las últimas décadas del siglo XIX.

La evolución de las ideas guardó una estrecha relación con los grandes sucesos bélicos de la época, especialmente las guerras de España contra Chile, Perú, Bolivia y Ecuador en el Pacífico, y la de Argentina, Uruguay y Brasil contra Paraguay en el Atlántico. En ambos casos, los intereses económicos —especialmente comerciales— tuvieron su influencia. La interacción de ideas, guerras e intereses causó un fuerte impacto en las relaciones entre Argentina y Chile. Actores decisivos, llevaron adelante conductas claramente influidas por el contexto y ello influyó en las relaciones de país a país que se tornaron ásperas por momentos. De todos modos, también hubo expresiones en el sentido contrario, es decir, de solidaridad entre ambos países, a pesar del papel que cada uno jugaba en el conflictivo teatro del cono sur.